

Biblioteca escolar y promoción de la lectura

JAIME GARCÍA PADRINO
PROFESOR TITULAR DE ESCUELA UNIVERSITARIA
UNIVERSIDAD COMPLUTENSE

Despertar la afición a la lectura, y formar así buenos y responsables lectores, es una hermosa tarea que merece y justifica todos los esfuerzos destinados a potenciarla desde la escuela.

LA ESCUELA LECTORA

El dominio del mecanismo lector, de la descodificación de unos mensajes escritos, se confía, de modo prioritario, a la labor de la escuela. Aquí, el niño utiliza unos libros y se enfrenta a una labor sistemática para desentrañar con soltura los complejos significados que le llegan gracias al empleo del código escrito. Por esto, estos primeros materiales lectores deben servirle como fuente de las primeras sensaciones gratificantes en su desarrollo instructivo y recreativo. Y ello dependerá, no sólo del interés de los contenidos a los que se enfrente o por el propio acto de leer, sino también por el hecho de que esos materiales le proporcionen la mejor recompensa a su esfuerzo de aprendizaje, al verse el mismo niño capaz de acceder a los mensajes creados o producidos por otras personas.

Con todo, lo fundamental reside en la estrecha y fecunda relación entre lectura infantil y biblioteca escolar. Tal ampliación comporta una serie de valores educativos que la escuela no puede desatender ni ignorar. Antes al contrario, la adecuada consecución de los más auténticos objetivos formativos, en una moderna educación integral, debe aprovechar y potenciar las ricas posibilidades de la biblioteca para las actividades cotidianas de cualquier institución escolar. El camino señalado pasa, en primer lugar, por el funcionamiento, adecuado y correcto, de lo

que creemos debe entenderse por biblioteca escolar.

Un postulado básico para esa acción educativa es el planteamiento efectivo que atienda las reales necesidades y posibilidades de cada centro.

LA BIBLIOTECA, AULA DE AULAS

Son también presupuestos básicos en nuestra concepción de la biblioteca escolar, su consideración como un aula más, pero diferenciada por su propia utilización. Para ello, creemos que se requiere, entre otras cosas, la disposición de unos horarios que posibiliten tanto la utilización en grupo o por clases, como la visita discrecional del alumno interesado en disponer de sus

recursos bibliográficos para el recreo o para el estudio. Una eficaz coordinación de la biblioteca escolar con el resto de áreas educativas redundará no sólo en una promoción de la lectura y de los hábitos de trabajo individual, sino que posibilitará un tipo de enseñanza y de aprendizaje acorde con los intereses y actitudes particulares de cada alumno y del alumnado en general. Así se justifica la valoración de la biblioteca escolar como un elemento decisivo en favor de la renovación y de la actualización de las enseñanzas.

La experiencia real en el funcionamiento de la biblioteca escolar nos faculta para establecer otras apreciaciones relativas a esta problemática general y, más en particular, sobre el carácter y las funciones del maestro-bibliotecario. No olvidamos, por tanto, que la persona y la condición del encargado de su funcionamiento es otra de las claves esenciales para hacer realidad las potencialidades que antes hemos asignado a la biblioteca escolar.

Desde la perspectiva actual de nuestros centros educativos del nivel primario, la exigencia prioritaria debe ser - firme e indeclinable - la existencia y el reconocimiento de la función del bibliotecario en el organigrama y la planificación general de la institución escolar. Sólo así puede asegurarse una actividad indispensable para que la lectura llegue a ser, entre su propio alumnado, una actividad natural y espontánea en sus motivaciones, enriquecedora en sus experiencias y eficaz en sus resultados educativos.

¿MAESTRO O BIBLIOTECARIO?

Sin embargo, la orientación para especializar la labor del encargado o responsable de la biblioteca en los centros escolares, exige abordar ahora otras cuestiones previas. Aunque no todas puedan ser tratadas en este artículo, queremos plantear una de ellas con la siguiente pregunta: *¿Maestro o bibliotecario?* En su respuesta, nos inclinamos por, antes que nada, maestro. Esta particular función, que diferencia además la biblioteca escolar de la biblioteca en la escuela, necesita conocer al niño, quizá antes que la propia organización de los fondos bibliográficos. Cuestión de enfoque, si se quiere, polémica, pero con esa misma intención la planteamos así.





Después de una formación inicial y básica, como docente, el encargado de la biblioteca escolar necesita una preparación rigurosa y sistemática, de carácter biblioteconómico. Así estará facultado para adaptarse a las exigencias específicas de esa unidad bibliotecaria, cuya propia especificidad requiere más un animador de sus fondos bibliográficos que un puntilloso organizador y conservador de materiales impresos. Sólo así concebimos la consecución de la biblioteca como algo vivo y dinámico, y no como la mera posesión de unos estantes pulcros y ordenados.

El maestro-bibliotecario debe ser, además, un orientador de las lecturas de los niños y de los jóvenes. Siempre resulta una imagen desazonada el ver a un niño titubeante o aburrido en una biblioteca, plagada de títulos sugerentes y obras interesantes, pero de las que sólo puede guiarse por los lomos de esos libros a la hora de elegir. Para tan necesaria orientación - una auténtica animación a la lectura -, el maestro bibliotecario debe conocer a ese lector, a cada tipo de lector. Debe intuir cada compleja personalidad infantil y saber cuál es la lectura más recomendable, de acuerdo con las necesidades, los intereses y las capacidades lingüísticas de esos lectores. Tan eficaz consejo, esa ayuda a la hora de elegir, sólo

descansa en el conocimiento de los fondos disponibles, en la información de novedades y de corrientes literarias para poder ofrecer, en la medida de lo posible, unos fondos actualizados y sugerentes... Pero sólo las lecturas del propio bibliotecario, su sensibilidad lectora y su preocupación informativa, podrán afirmar la orientación y presentarla como un deseo de compartir experiencias e informaciones con los demás, en este caso, con esos usuarios de la biblioteca escolar.

Otra razón nos lleva a inclinarnos por la base docente en la función bibliotecaria dentro de la escuela: *su especial participación en el proceso general de la enseñanza y el aprendizaje*. El dominio de los niveles de la lectura infantil y el conocimiento de las dificultades lectoras más frecuentes, convierten a este docente en un elemento decisivo en el proceso del desarrollo lector. Y en su sensibilidad y en su conocimiento de los fondos bibliográficos, tendremos la garantía de que el libro ofrecido a cada niño, por muy interesante y valioso que sea, no aumentará en ningún caso los inconvenientes o dificultades que el niño encuentra en los distintos momentos de su aprendizaje lector.

Defendemos, con la base de los argumentos anteriores, la concepción del maestro-bibliotecario como un elemen-

to decisivo y un eficaz estímulo para afianzar el dominio lector. Su labor permitirá la autogratiación del niño, cuando este compruebe por sí mismo sus avances lectores y encuentre en los libros una vía para el auténtico recreo personal y una motivación para sus facultades intelectuales.

INTEGRAR LA BIBLIOTECA EN LA ORGANIZACIÓN CURRICULAR

El reconocimiento de la necesaria existencia de la función del maestro-bibliotecario debe conducir a su participación real en las actividades generales del centro escolar. Participación que requiere determinar cual debe ser su dedicación temporal a las tareas propias de la biblioteca. Parece evidente - y la realidad nos lo confirma - que un maestro obligado a atender una clase durante una jornada escolar completa, no puede contar con la mínima dedicación necesaria para las complejas tareas bibliotecarias.

Creemos, al contrario, que la auténtica clase de ese profesor ha de ser el recinto propio de la biblioteca. Sin eliminar que colabore en otras aulas o que imparta las materias de su especialidad docente, según lo que requieran las necesidades particulares de cada centro y de cada biblioteca.

El paso del ámbito teórico a la práctica de nuestra realidad escolar nos enfrenta a unas condiciones negativas y alejadas, de momento del funcionamiento ideal que propugnamos. No por ello debemos olvidar que la situación de la biblioteca escolar y, por consiguiente, del maestro-bibliotecario dependen de la consideración oficial que se les preste y del papel que se les asigne en la estructura educativa de los niveles básicos.

No será válida, pues, cualquier iniciativa que busque una solución general para este problema, si ignora lo anteriormente señalado. Dado el déficit de bibliotecas escolares en nuestros centros docentes del nivel primario, debemos partir de un análisis real y razonado de las causas que justifican la situación descrita. Sólo si nos apoyamos en un conocimiento directo de la realidad escolar y de la valoración de las iniciativas ya realizadas, aquí y en otros países, podremos buscar las soluciones más adecuadas para la particular estructura de nuestro sistema educativo.